de: "Maldito País", por José Román

EL ENIGMA DE "EMILIA"

JUEVES 16 DE MARZO 1933 - RIO ARRIBA, SOBRE EL COCO

La mañana está bastante fresca y la neblina muy espesa. Este pipante en que viajamos se llama "El Chipote" y es uno de los mejores de la flota. Viajamos juntos el General Estrada, el Coronel Rivera, la enfermera Emilia, un cocinero, tres mujeres que van para otro campamento, varios ayudantes y 14 palanqueros que componen la tripulación porque vamos río arriba.

No había visto antes a Emilia, porque hasta ayer regresó de una misión de salubridad en la que ha estado dando servicios voluntarios. Aparenta veinticuatro a veintiséis años de edad, es de muy buena estatura y su cuerpo muy bien distribuido, a pesar de estar ligeramente gordita. Su cabello es muy negro, hecho con dos trenzas que lleva enrolladas en la cabeza. Habla poco. Viste pantalones azules de dril, botas y chaqueta de piel color marrón. Luce muy aseada, a juzgar por sus uñas limpias y manicuradas al natural y los dientes perfectos y muy blancos. Al sonreír, se le hace un camanance al lado izquierdo de la boca que es de labios carnosos y húmedos, pero no usa carmín ni pintura de ninguna clase. Habla inglés. Se graduó de enfermera en Panamá y cursó otros estudios en Nueva Orleans.

Vamos muy cómodamente en cuanto al pipante, pero el tiempo está tornándose tormentoso. Apenas a unas tres horas de haber salido de Bocay empezó a desarrollarse una tempestad que a corto plazo estalló con gran rayería, tormenta, lluvia y viento feroz. Apenas entrada la tarde ya no se veía del todo, por lo que tuvimos que cambiar de itinerario y pernoctar en un playón. Debido a mi estado de salud, el General Estrada dispuso que yo durmiera bajo un toldo en la parte trasera del pipante, cortesía que normalmente sólo se habría reservado a Emilia. Llovía un constante diluvio y estábamos todos remojados, los demás en el playón, ella y yo en el pipante, donde a pesar del cobertizo, el agua penetraba empapando el tapesco de bambú machacado que hacía de cama. La única cobija, además de nuestras ropas, eran los capotes que andábamos puestos. De almohada usé un saco, de café molido cubierto con tela ahulada.

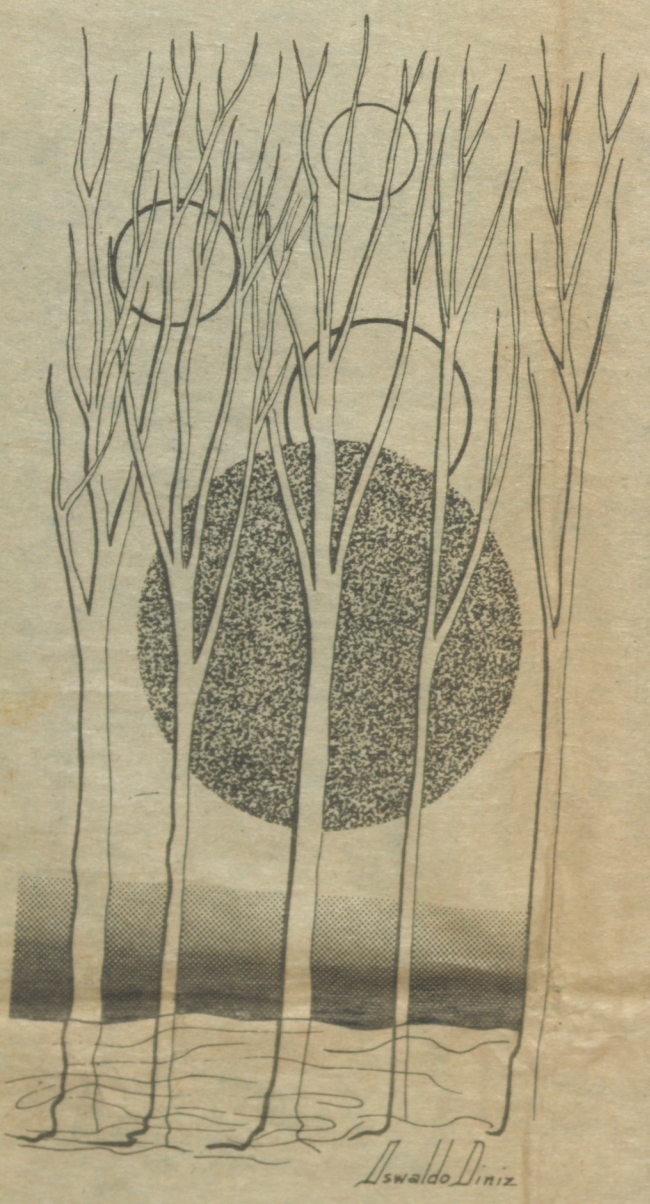
El hambre, el paludismo y la constante ropa mojada sobre el cuerpo, me habían producido una altísima fiebre desde entrada la primera noche. El día y la noche eran iguales sin comida y sin lumbre, porque el aguacero no cesaba y apagaría las antorchas y fogatas. La segunda noche se me hizo eterna, balanceándonos en el pipante, tumbado sobre el tapezco mojado, hirviendo de ideas imposibles y de alucinaciones. Me dormía un momento para despertarme delirando, a veces temblando de un frío de muerte y otras hirviendo de fiebre y por fin la abulia... No obstante la exquisita atención de Emilia, me sentía morir y llegué a sentirme muerto. Es necesario encontrarse en tal situación para poder comprender lo que es esa combinación de fiebre y selva. Absorbe, bestializa, afecta el pensamiento y produce un delirio enloquecedor.

—Es la fiebre José —me decía Emilia tratando de animarme— aguántate, hijo, por la mañana te voy a medicar, ahora, por el viento y el agua y la oscuridad no es posible sacar los remedios ni inyectarte. Cálmate, hijo. —Y me acariciaba la frente maternalmente y así por fin me quedé dormido, porque su voz era sincera y dulce y tenía algo de hipnótico o quizá porque yo ya estaba exhausto.

Temprano de la mañana amainó la tempestad. Emilia informó al General Estrada de mi fiebre y quisieron hacerme una hamaquita de carpas ahuladas bajo el toldo del pipante, pero yo me opuse a tal privilegio, que además me haría sentirme peor. Emilia decidió no inyectarme, sino darme dos cápsulas de sulfato de quinina y unos reconstituyentes, para ver cómo reaccionaba. Me dieron además, café negro, carne y buena comida que al fin se logró preparar. Poco antes del mediodía seguimos la marcha río arriba. No necesité la inyección.

La quinina me produjo su zumbido típico en los oídos y me hizo sudar a chorros, pero me quitó la fiebre y las alucinaciones.

Emilia parecía haberme cobrado sincero afecto y confianza y sabía de mí más de lo que yo me imaginaba.



—El ataque de fiebre te volvió, —me dijo— por haber desobedecido al General y haber dejado de tomar "La Tigra" por tres días, pero ahora tomarás una cápsula y los reconstituyentes como primera cosa cada mañana, para mientras vas al médico en Managua.

De los diez días comprendidos desde el jueves 16 de marzo hasta el domingo 26 del mismo mes, exceptuando los tres primeros días infernales, los restantes fueron sumamente agradables y provechosos. Al atardecer hacíamos grandes fogatas y comíamos en abundancia, pues además de las buenas y abundantes provisiones que llevábamos, tiraban venados y sin otra dificultad que tirar la red, se obtenían abundantes peces y camarones. Durante esas cenas conversábamos larga y amenamente Emilia, el General Estrada, el Coronel Rivera y yo, pues las anécdotas sobre la guerra eran interminables, tantas que tomaría una obra aparte tan sólo enumerarlas. Baste pensar que cada uno de estos hombres tiene su propia historia de su vida y participación en la guerra, y que ésta duró casi siete años. Cuántas emboscadas, combates y asaltos, etc., donde cada quien jugó para su propia vida y su propia historia, el papel más importante y que sólo se pueden sentir y palpar individualmente.

En una de aquellas ocasiones apacibles y habiéndose presentado una oportunidad de confidencias con Emilia, por mucha pero discreta insistencia mía, ella me confió su historia, aunque su identidad, que desde luego no tiene especial importancia en cuanto al contenido de los acontecimientos. Sin duda alguna su consideración a mi calidad de confidente del reportaje del propio General Sandino y como contribución al mismo, fue lo que más influyó para que me manifestara las razones y motivos de su participación en la guerra. Así me lo aseguró, advirtiéndome además que ni el General los conocía en su totalidad. Su relato comenzó así;

—Escúchame José, ésto ahora es un paraíso, pero cuando la guerra era algo muy diferente: subir y bajar lomas y romper breña y pasar ciénagas con la mochila y la caja de instrumentos al hombro y a veces hasta con un rifle de algún soldado herido y siempre con la vida en un hilo, y para que mejor comprendas esta guerra en sus múltiples aspectos y como una contribución a tu libro, aprovecho la oportunidad para contarte de mi vida lo que nadie por acá sabe, solamente el General.

Mi madre tenía una finca entre Estelí y Jinotega con poco más de 200 manzanas con ganado y 40.000 cafetos cosecheros. Estos ya deben estar enmontañados. El ganado, todo, lo mataron los marinos y las casas las quemaron a raíz. A mis dos hermanos les torturaron hasta la muerte para que hablaran. Y todo, sólo porque sospecharon que fueran sandinistas. Lo peor es que les atormentaron y torturaron en presencia de mi pobre vieja. ¡Eso la mató! Murió al poco tiempo. Yo estaba estudiando pre-medical en Tulane. ¿Venirme a Nicaragua? ¿A qué? ¿A que me jodieran a mí también? !No! Decidí terminar el año allá.

Créeme, José, eso me dejó el alma emponzoñada. Por eso al terminar el año, con premeditación, directamente, vía Honduras me vine a juntar al ejército del General Sandino.

Tan diferentes son los profesores y la gente bien de los Estados Unidos, pero éstos salvajes marinos son de otra casta. Ya me ves pues, ahora que ya derrotamos a esos hijos de puta, perdona pero no hay otro calificativo y ya que tuve el gran placer de cumplir con mi promesa a mí misma de matar a tres marinos.

¡De matarles yo misma. Y los maté con mi rifle y con mis propias manos. Dios mío, satisfecha!... Ahora puedo regresar tranquila a mi propiedad, a levantarla de nuevo. No llevo pero ni otro par de botas, nada más que este lindo revólver que me obsequió Doña Blanquita. Pero no importa, porque la finca no tiene hipoteca y me habilitaré en alguna forma.

Llegamos por fin a Santa Cruz de Río Coco el domingo 26 de marzo. El 27 muy temprano de la mañana salía Emilia en un pipante o canoa pequeña con otros de los ayudantes que venían con nosotros, seguiría rumbo a Quilalí para seguir después por tierra; yo fui a despedirla y al preguntarle si no le temía a tan larga travesía, ya que de Quilalí en adelante iría sola, me contestó:

—Para eso pasé mi entrenamiento de guerrillera. Voy primero a Estelí, donde tengo parientes y una casa. Ahí haré todos los arreglos necesarios para la rehabilitación de la finca. Desde luego que ocultaré haber estado con Sandino. Ya tengo mi historia preparada.

Después de agradecerle su finísima atención durante mi fiebre, nos despedimos muy cariñosamente. Creo que si le hubiera preguntado su identidad me la habría confiado, pero preferí no intentarlo, a pesar de tener sospechas al respecto que me hubiera gustado confirmar.

Poco más o menos una hora después de la despedida de Emilia, la Venada y otras mulas estaban listas y sin esperar más salimos rumbo a El Embocadero; íbamos el General Estrada, el Coronel Rivera y yo con los ayudantes del caso.

—Así funcionan las operaciones del General Sandino —dijo el Coronel Rivera.

Dichosamente los llanos cenagosos estaban secos y las cuestas de Guales toman menos tiempo en subirse que en bajarlas. El caso es que llegamos a El Embocadero todavía con el resplandor del sol brillando entre los grandes picachos en la lejanía umbrosa.

Desde las conferencias de paz que hacían unos dos meses se celebraban aquí, el Coronel Rivera tenía guardadas varias botellas que sobraron y que Don Sofonías Salvatierra le dejó de obsequio. Nos sentamos a conversar en el comedor-salón y el Coronel Rivera de un armario sacó una botella de escocés.

—¿Está bien o prefieren coñac o...?

Par mí está bien el escocés, Coronel, le contesté. Estrada solamente alzó la mano.

—El General Sandino —continuó Rivera— me dijo En El Embocadero pueden tomar lo que quieran, pe-